

XIII.

A las dos de la mañana , el baile de Palmira, que había estado desanimado en un principio, había llegado á su apogeo. Las mujeres más hermosas de París, del mundo artístico y del mundo galante, se mezclaban con los hombres más ricos, más distinguidos ó de mayor fama. Los trajes negros de éstos desaparecían bajo las sedas, los terciopelos, y las blondas y encajes. Mezclábanse allí, en agradable confusión, las mujeres de rubios cabellos y ojos de cielo, con las ardientes morenas de negros y apasionados ojos, luciendo unas y otras, entre sus cabellos, ya flores ó ya diamantes. Tenían casi todas las espaldas desnudas, dejando entrever los graciosos escotes sus blancos y turgentes pechos; sus labios, rojos por la excitación ó el car-

mín, cambiaban apasionadas palabras, esperando convertirlas pronto en ardientes besos; sus ojos brillaban con la llama del deseo, en medio de aquella locura vertiginosa á que se dedicaban todas las parejas. Sus talles se enlazaban, sus cuerpos se confundían. Todos hablaban á un tiempo, y sus voces dulces y ardientes se mezclaban: mil ruidos distintos, mil risas impetuosas, confundidas con extrañas palabras de un dialecto conocido sólo de este mundo, resonaban de un extremo á otro del salón, mezclándose con el ruido de los besos escapados en momentos de loco entusiasmo. Todos los sentidos gozan á la vez en estas fiestas: el oído se deleita con los acordes de una orquesta apagada casi por las conversaciones y las risas con que la acompañan los concurrentes; la vista se extasía al contemplar aquellos cuellos desnudos, más blancos que el alabastro; el olfato se recrea con el perfume acre y penetrante de las mujeres y de las flores; el tacto se complace en estrechar la seda con que se cubren aquellos estremecidos y ardorosos cuerpos.

En uno de los salones, Lucía Aubré, que ha rehusado todas las invitaciones que la han hecho para bailar, escuchaba con aire distraído á Nanteuil, que, sentado junto á ella, trataba de distraerla con sus reflexiones. De repente Leona le interrumpe.

—Esta vez (dijo Lucía) sí que veo allá abajo, apoyado contra la puerta, á Desobry. No nos ve; ídmele á buscar, para que ocupe vuestro sitio.

Un minuto después, Desobry, precedido por Nanteuil, atravesaba por entre aquellos desordenados grupos y llegaba hasta Leona.

—¿Cuánto tiempo hace que habéis venido?—dijo estrechándole la mano.

—Acabo de llegar, y solamente me he detenido dos minutos á hablar con Orchamps.

—¡Ah! ¿Está aquí?—dijo Leona, sin poder reprimir un gesto de despecho.

—¡Sí, pero se ha ido á la sala de juego!—añadió Desobry.

—Pero hoy no se juega.

—Precisamente es lo que á él le disgusta, y lo que teme es que no quieran dejar la danza para ir á jugar; pero yo le he tranquilizado, prometiéndole que antes de poco todo el sagrado fuego que anima esas pantorrillas, se apagará, invadiendo entonces los bailarines el tapete verde, para no dejarle hasta después que haya amanecido. Tendrá tiempo sobrado para arruinarse.

—Dejemos á Orchamps... ¿Qué habéis averiguado?—preguntó Leona.

—He visto á la persona que debía darme las noticias deseadas, y lo que suponíais es cierto. El señor Dubreuil se encuentra en una angustiosa situación: mañana, que es el día del venci-

miento de sus letras, no tendrá ni un franco en su caja.

—¡ Ah! (dijo Leona, sin parecer contrariada por esta noticia.) Pero decid, ¿no creéis que, reducido á ese extremo, pueda tomar una resolución terrible?

—Es capaz de eso. Sin embargo, no hay que temerlo hasta mañana por la tarde.... El señor Dubreuil espera la respuesta de una petición de dinero que ha dirigido á Lyon. Si la respuesta es favorable, Dubreuil se habrá salvado por algún tiempo; pero si le es adversa, no tendrá ninguna esperanza, y tal vez recurra al suicidio para evitar lo que él llama el deshonor.

—¿Tenéis seguridad de que son ciertas estas noticias?

—¡ Ya lo creo! El que me las ha dado, no se atrevería á engañarme; pero no me parece que os conmueven mucho.

—¿Por qué habían de conmoverme? Esos datos no me interesan personalmente, y sólo los he querido saber para hacer un favor á un amigo.

Y como si no esperase más que aquellas noticias para abandonar el baile, Lucía Aubré, en cuanto las adquirió, devolvió á Desobry su libertad, y rogó á Nanteuil que le trajera su abrigo del guardarropa; pero estaba escrito que no había de marcharse todavía. El conde de Orchamps,

que hacía un instante la observaba, se unió á ella en el momento que se quedó sola.

—¿Dónde os habéis metido? (la dijo, después de saludarla.) No he tenido el placer de veros hasta ahora.

Leona no respondió.

«No quiere hablar (pensó el Conde); me veo obligado á emplear el gran recurso.»

Y dirigiéndola de nuevo la palabra:

—¿Habéis llevado ya mi encarguito?—preguntó.

—¿Sin duda queréis hablar, caballero, de vuestro billete de ayer? Pues bien: como no le comprendí (repuso), creí que habríais equivocado las señas, y se lo di, junto con la caja que le acompañaba, á mi doncella.

—No, no me he equivocado; de ninguna manera. ¿A qué viene fingir todavía conmigo? Si creéis que sólo sé vuestro secreto á medias, voy á demostraros con unas cuantas palabras que estoy perfectamente enterado.... La casa donde vais todos los días desde hace varios años, está muy cerca de *Ville-d'Avray*, en la avenida de *Marnes*, número 5. La niña á que vais á ver allí se llama Luísa, y es vuestra hija.

—Hablad más bajo, por Dios,—dijo Leona, apercibiendo á Nanteuil.

—Ya lo veis (dijo el Conde, sonriendo); esta

exclamación me hubiera quitado toda clase de duda, si la hubiera tenido.

—Pero, en fin; ¿qué es lo que queréis de mí?

—Por ahora, hablaros; pero ved á Nanteuil que se acerca. Servíos hacerle comprender que debe dejarnos solos.

—Amigo mío (dijo Leona, dirigiéndose al joven), lo siento mucho; pero no puedo ir con vos.

Y sin dar otras explicaciones al pobre Nanteuil, que, sorprendido, parecía reclamarlas, se separó de él bruscamente, y penetró con Orchamps en la habitación inmediata.

—Vamos (dijo, furiosa y brutalmente): ¿qué suma exigís por callaros y dejarme tranquila?

—¡Me insultáis, señora!

—¡Que os insulto ofreciándoos dinero! Entonces, ¿por qué me habéis espiado cobarde y villanamente para sorprender mis secretos? ¿Para qué tratar de descubrirlos, cuando ni me ocupo ni puedo hacer nada por vos? Si no es dinero lo que deseáis como precio de vuestro silencio, es sin duda alguna otra cosa, porque no sois hombre que acostumbra á trabajar sin razón; no sois de los que descubren los secretos para luego no explotarlos.

—Pero, ¡Dios mío, qué irritada estáis, mi querida señora! No tendré en cuenta ninguna de vuestras injurias, porque estoy tan alto, que

no pueden mancharme; pero he de obligaros á escucharme hasta el fin... Efectivamente: hay un motivo por el que he averiguado los secretos de vuestra vida íntima: lo habéis adivinado perfectamente; pero no es el dinero lo que busco. Deseo...

—La gloria, ¿no es eso?—dijo irónicamente Leona.

—Efectivamente, la gloria de ser vuestro amante.

—¡De veras! ¿Y es eso todo lo que pedís? ¡Qué generoso sois! Pues bien; yo tengo la pretensión de escoger mis amantes, y vos no me gustáis.

—Ya lo sé (replicó Orchamps), puesto que para triunfar de vuestra resistencia he empleado todos los medios ordinarios.

—Y extraordinarios, como el último,—dijo Leona.

—Y el que ahora he empleado me parece excelente,—replicó el Conde.

—Yo le creo detestable.

—¿Cómo detestable?

—Sí, detestable.... ¿Conque íbais á sostenerme si accediera á ser vuestra querida? ¿Qué objeto tendríais comprar vuestro silencio? ¿Habéis descubierto que tenía una hija? ¿Y qué tiene eso de particular?

—Si no tiene nada de particular, ¿por qué no

confesar públicamente que la tenéis, por qué ocultarla á todos los ojos, por qué acusarme, como si fuera un crimen, por haber descubierto una cosa tan natural?

—Estaba loca, ó tal vez borracha; perdonad: he bebido mucho *champagne* esta noche.

—Lo creo, y ya estoy tranquilo: según eso, podré contar á quien quiera oirme que tenéis una hija encantadora, y que la educáis en el campo, en medio de las flores....

—¡Oh, no, no digáis eso!—exclamó Leona.

—Y como soy de una naturaleza esencialmente curiosa (continuó el Conde, sin hacer caso de la interrupción), averiguaré con facilidad la causa que motiva vuestra misteriosa conducta, y me opondré á vuestros proyectos.

Lucía tuvo miedo, y haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, cambió de tono.

—¿Es cierto que me amáis?—le dijo.

—Sí.

—Entonces os autorizo para presentaros en mi casa; procuraré que me agradéis...., y, sobre todo, callaos.

—Con esa promesa, seré mudo.

—¿Es eso todo lo que tenéis que pedirme?

—No, todavía no; quiero pedir os aún un pequeño favor, como prueba...., casi nada. Se acaba de empezar á jugar al *baccarat* en la próxima habitación. Deseo jugar, y se me ha

ocurrido la idea de que si estáis á mi lado, me daréis suerte.

—Iba á marcharme (dijo Leona), porque estoy algo fatigada y estoy enferma.

—Me habéis exigido un servicio que tiene gran valor para vos, y os lo he hecho. ¿Y no vais á acceder á hacer el pequeño sacrificio que os pido?

—Sí, lo haré; os sigo.

La llegada de Orchamps y de Lucía Aubré no fué notada en el salón.

La atención de todos estaba reconcentrada en una jugada muy interesante. Se jugaba al *baccarat*, y el banquero había dado cinco veces las cartas sin perder una sola, de tal suerte que su primera postura había sido fabulosamente aumentada, pues se había multiplicado de una manera prodigiosa, jugando entonces los puntos fuertemente contra los ochenta luíses que tenía de banca.

—Vamos, señores (repetía por la tercera vez el banquero). ¿Está hecho el juego?

—Copo,—dijo Orchamps, que llegaba en aquel momento.

—Prefiero dejar mi puesto,—exclamó el banquero asustado.

—Ya no es tiempo (replicó el Conde); habéis dado cartas.

—Tiene razón,—exclamó la multitud.

—Puesto que no hay remedio, sigamos....
Tengo ocho,—continuó, abatiendo sus cartas.

Orchamps volvió las suyas, y mirándolas, dijo:

—Yo tengo nueve.

Y atrayendo hacia sí los ochenta lúses, se volvió hacia Leona, que estaba cerca de él.

—¡Gracias (la dijo); sois mi ángel bueno!

—Bien á pesar mío,—replicó Leona.

—Siendo los mismos los resultados, os dejo en libertad de pensar lo que queráis.

—Sois muy galante.

Á partir de este momento, jugó con una suerte insolente, y, ya sea porque ganara más veces, ó ya porque ganara las puestas mayores, el resultado era que los billetes de Banco y el oro se apilaban ante él con asombrosa rapidez: al cabo de una hora, había ganado más de treinta y dos mil francos.

En aquel momento, Lucía Aubré se levantó.

—Caballero, son cerca de las seis de la mañana, y tengo necesidad de descansar: voy á marcharme.

—No, permaneced aquí (replicó el Conde con tono brusco): hoy estoy de vena; quiero ganar más todavía.

—Esto es abusar de mí,—pensó Leona.

Y en cuanto el Conde se distrajo, se separó de su lado.

—¡Copo!—dijo el Conde.

Había seis mil francos de banca.

Perdió.

—¡Copo!—dijo de nuevo.

Volvió á perder.

—¡Copo por tercera vez!—exclamó aún el Conde.

—Estáis loco (le dijo uno que estaba á su lado) al proseguir jugando así.

—No, yo ganaré al fin; no puedo perder esta noche.

—*Audaces Fortuna juvat*,—exclamó un abogado, á quien nadie escuchó.

—Habéis perdido,—dijo el banquero al Conde.

—Tomo cartas otra vez, si queréis,—replicó Orchamps.

—No; es bastante, y cedo la baraja. Me debéis seis mil francos por la primera vez, doce mil por la segunda, y veinticuatro mil por la tercera: total, cuarenta y dos mil francos.

No solamente Orchamps había perdido cuanto tenía, sino que, además, tuvo que dejar á deber dos mil francos sobre su palabra. Se volvió entonces, y viendo que Leona no estaba á su lado:

—¡Ah! Lo comprendo (murmuró); ¡me había abandonado!

En lugar de cesar de jugar, se obstinó en vencer la mala suerte que se había apoderado de él, pensando que tan imposible le sería pagar dos

mil francos como veinte mil, y prefirió, pareciéndole menos deshonroso quedar insolvente por una suma considerable ó desquitarse, á tener que confesar su imposibilidad de pagar una cantidad tan pequeña. Por un instante, la suerte pareció favorecerle: el Conde tomó ánimos; pero, como sucede siempre, sus adversarios, que aprovechándose de los momentos de su mala fortuna se habían enriquecido jugando fuerte, no apostaban entonces más que cantidades pequeñas, uno ó dos lúses, quitándole así toda posibilidad de rehacerse.

La claridad del día penetraba á través de las ventanas; las bujías, al extinguirse, chisporroteaban, iluminando la sala de juego con una luz vacilante. El Conde, viendo la desanimación de la partida, no intentó desquitarse ya, y se levantó con la misma cara que si la suerte le hubiera favorecido, no pudiendo apercibirse en él ni el más pequeño gesto de rabia ó de despecho.

Mientras se dirigía á su casa, se decía filosóficamente: «Mis adversarios, mis acreedores de esta noche, van á dormir tranquilos, después de gastarse en jaranas parte de lo que les debo; cuentan con ello para hoy á la noche á más tardar. ¡Qué pronto van á perder sus ilusiones!

XIV.

Las noticias dadas por Desobry á Leona acerca de la honradez del señor Dubreuil y de la situación en que entonces se encontraba, eran exactas. Sin asociados y con un pequeño capital, gracias á un trabajo asiduo y á un gran conocimiento de los negocios, había fundado diez años antes una casa comercial, que muy pronto fué conocida como una de las más seguras; y como en este mundo todo se une, después de haber logrado esto, el señor Dubreuil hizo un excelente matrimonio, y se encontró dichoso como esposo y como comerciante. Una sola cosa le había faltado largo tiempo para ser completamente feliz: no había tenido hijos; pero el cielo, al darle una hija, quiso hacerle gozar de este último favor. El niño que nace cuando no se le espera ya, después de haber sido deseado largo tiempo; cuan-

do el cariño, la costumbre, sin que uno se lo confiese, ha reemplazado al amor; cuando la mujer, sintiéndose envejecer, quisiera revivir renaciendo en otro ser, y transmitiéndole su belleza, este hijo, decimos, es mejor acogido por los esposos, porque estrechá más unos vínculos que tendían á desatarse, y es más querido por lo mismo que ha sido largo tiempo deseado. Esto sucedió á los señores de Dubreuil; adoraron á aquella hija que había nacido después de varios años de matrimonio; pero aquella dicha no debía durar: la niña murió al cabo de cinco años. El jardinero de *Ville-d'Avray* nos ha hecho conocer en su conversación con Leona cuál fué el dolor de aquella madre que moría de pena por haber perdido á su hija. Después, siguiendo el refrán popular de «*Bien vienes, mal, si vienes solo*», una desgracia imprevista vino á herir poco tiempo más tarde al negociante: su cajero desapareció, llevándose todo cuanto había en caja. Las pesquisas de la policía fueron inútiles. Esta pérdida, que muchas casas de comercio de París hubieran soportado fácilmente, fué un golpe terrible para el señor Dubreuil; que no estaba sostenido por los capitales de numerosos asociados, y había extendido sus relaciones comerciales á fin de aumentar su importancia y los rendimientos de su casa. Durante un año, gracias á su crédito, pudo conjurar este terrible

acontecimiento; pero sus recursos se habían ido agotando poco á poco, encontrándose entonces en la imposibilidad de pagar sus nuevos vencimientos.

Poco después de que los convidados de Palmira creían haberse enriquecido á expensas del Conde y volvían fatigados, pero alegres, á sus habitaciones respectivas, el señor Dubreuil, que había pasado una noche fatal de emociones no menos vivas que las del juego, dejando su cuarto y descendiendo al piso bajo ocupado por sus oficinas, abrió la caja, y se convenció de que no había habido ninguna entrada; consultó sus libros, y reconoció por la décima vez que tenía que hacer importantes pagos aquel mismo día. Preguntó si había llegado el correo, para ver si le había traído una carta de su cuñado que era comerciante en Lyon, y á quien, impulsado por la necesidad, había determinado dirigirse. Ésta era su última esperanza, como es la del indulto la de un condenado á muerte. El correo no había llegado, y Dubreuil le esperó leyendo, para matar el tiempo, periódicos, que en la disposición de espíritu en que se encontraba, no comprendía. Por fin llegó el correo; pero no había ninguna carta que llevara el sello de Lyon. ¿Por qué este silencio? ¿Era una mala señal? Tal vez un nuevo reparto del correo, el del mediodía, le llevara la respuesta deseada. Resolvió esperar aún;

pero no pudiendo dominar la emoción, salió de su casa, y andando siempre sin saber adónde iba, miraba, sin ver nada, ya á los escaparates de bisutería, ó ya á los carteles de los teatros, sin tener conciencia de sus actos: su cabeza echaba fuego, sus sienes latían vivamente, y sus orejas estaban rojas. Marchaba recto, tenía vértigo, fiebre, caminando como un autómatas. Las casas, los carruajes, los transeúntes, le parecían envueltos por una espesa niebla, á través de la cual los apercibía dando vueltas delante de él en fantástica danza, y, sin embargo, seguía y seguía, no tocando á ninguna persona, evitando los carruajes, semejándose á esos ligeros callejeros que no tienen otra cosa más que hacer que respirar el aire y calentarse al sol.

Algunas veces volvía á tener conciencia de sí mismo, recordando repentinamente las preocupaciones que le torturaban, y su situación presente se dibujaba en su espíritu, fría, precisa, neta.

—En este momento (se decía), todas las personas á que mi cajero no ha podido pagar, esparcen la noticia de mi ruína, de mi próxima bancarrota: ¡todo el mundo me va á señalar con el dedo!

Y Dubreuil reía como un loco.

Después, asiéndose á su última esperanza, decía:

—El correo de esta tarde me traerá los fondos de que tengo necesidad: se irá á pagar al momento, y se achacará el retardo á una mala inteligencia, y de esta manera me habré salvado.

Y mirando el reloj, se dirigió hacia su casa.

Á las seis llegaba á la calle en que estaba situada, paseándose impacientemente ante su fachada, para ver antes al cartero: al percibirle, corrió hacia él, diciendo:

—¿Traéis carta para mí?

—Sí, señor.

Cuando la tuvo entre sus manos, no se atrevió á abrirla; estaba pálido y temblaba, porque de su lectura dependía para siempre su suerte. Por fin, más dueño ya de sí, rompió el sobre, leyendo rápidamente la carta. Volvió luego á leerla con más cuidado; y, seguro de no haberse equivocado, se dirigió hacia sus oficinas.

Su cuñado le decía que le era imposible ayudarle.

La certidumbre de su desgracia había devuelto al señor Dubreuil toda su calma, toda su presencia de ánimo. Para los espíritus esforzados como el suyo, lo que es horrible es la incertidumbre; la realidad, por terrible que sea, la soportan valerosamente.

Las oficinas estaban vacías; sus empleados, puntuales como lo son siempre cuando se trata de marcharse, lo habían hecho ya hacía largo

tiempo. Esta ausencia lógica le impresionó aquel día.

—No tienen nada que hacer en una casa deshonrada, y me abandonan,—pensó.

Entonces se sentó, puso en orden algunos papeles, y después de haber examinado por centésima vez sus libros, escribió al presidente del tribunal de Comercio, y dando por terminadas todas sus ocupaciones, subió á su casa y entró en el cuarto de su mujer. La encontró sentada en una butaca, cerca del fuego, que estaba medio extinguido, y de lo cual, sin duda alguna, no se había apercibido. Esta mujer debía haber sido hermosísima; sus facciones eran finas y correctas; pero el inmenso dolor de que se hallaba acometida había marcado profundas y prematuras arrugas en su frente, demacrado sus mejillas y encanecido sus cabellos; el insomnio había también enrojecido sus ojos. No apercibió á su marido cuando entró, y solamente se dió cuenta de que estaba á su lado cuando, sentándose cerca de ella y tomándola las manos, la dijo:

—¡Pobre hija mía! ¿No vais á consolarnos nunca?

—¡Jamás! (respondió dulcemente, sacudiendo la cabeza.) Porque ella está aquí, siempre ante mis ojos, en el momento de su muerte, uniéndose desesperada á mí en las últimas convulsiones de la agonía, crispada, muda, rígida

ya, casi negra. ¡Pobre ángel mío! ¡Ella, tan viva, tan alegre algunos días antes, tan sonrosada, tan linda, que corría alegrando la casa con sus gritos y risas, que me llamaba por todas partes para enseñarme sus juguetes, tirándome del vestido cuando no iba corriendo donde quería!... Sus ojos los veo ahora medio cerrados; no se ve á través de sus pestañas más que un punto blanco, una parte del ojo sin pupila. ¡Qué cosa más horrible!... Sus labios, pálidos, secos, se entreabren, dejando ver aquellos dienteitos tan blancos, que ella llamaba sus perlas. ¡Pobre hija de mi alma!... Quiero hacerla beber; la pobre trata de obedecerme por un último esfuerzo de su voluntad; pero sus dientes, yendo á chocar con la taza, producen un ruido seco y duro, que aún resuena en mi corazón.... Tomo su mano, y está helada; un movimiento de espanto me hace saltarla, y cae al momento inanimada sobre las ropas del lecho.... La llamo, y no hace signo alguno de responderme. ¡Oh, Dios mío! ¡Mi hija, mi pobre hija está muerta!

—Entonces he llegado yo,—dijo el señor Dubreuil, conmovido ante aquel relato.

—Y tú, tú te lanzaste sobre el lecho, cogiste á nuestro pobre angelito entre los brazos, y la estrechaste contra tu pecho, llorando amargamente. ¡La querías mucho también tú! ¡Pero yo, yo la quería mucho más, y todavía no he verti-

do una lágrima!... No os reprocho esto, amigo mío: vuestra existencia é igualmente la de los demás hombres, no puede depender de la de un niño. Tenéis graves pensamientos, ocupaciones serias, un objeto en la vida, y no podéis amar como nosotras, para quienes una hija es todo, el mundo, el infinito, Dios.

—Olvidad esos recuerdos (dijo el señor Dubreuil); ¿no veis que os están matando?

—Ya lo sé (respondió); muero lentamente: sin duda es ella, nuestra querida hija, que desde el cielo me tiende sus pequeños brazos y me atrae hacia sí... No tardaremos en reunirnos... Estate tranquila, hija querida...; ten paciencia, ¡no llores más, bendita!

Pero, después de haber pronunciado estas últimas palabras, miró á su marido, y viendo que gruesas lágrimas inundaban su rostro, tomando sus manos y besándolas, le dijo:

—¡Oh, perdón, perdón por mi dolor! Os hago sufrir inútilmente, cuando tenéis también gravísimas preocupaciones. ¡Perdonad; estaba loca

Y después de un momento, añadió:

—¿Hay algo de nuevo?

—Nada.

—¿Va todo bien?

—Sí,—respondió Dubreuil.

Un criado vino á anunciar que la comida estaba servida.

El señor de Dubreuil ayudó á su mujer á llegar hasta el comedor, y se sentó frente á ella.

Durante la comida, los dos esposos luchaban heroicamente. Ella, trataba de dominar su profunda desesperación para hablar de cosas indiferentes, de ocultar las huellas que el sufrimiento había dejado sobre su rostro, para que su marido no la viese tan enferma como realmente estaba. Él, ocultando con extraordinaria energía sus preocupaciones, trataba de olvidar por un instante sus siniestros proyectos de morir muy pronto, y, á pesar de no poderlo conseguir, estaba con la sonrisa en los labios.

Terminada la comida, volvieron juntos al salón.

Después de haber permanecido allí algunos instantes, el señor Dubreuil se levantó, dirigiéndose hacia su mujer, la estrechó largo tiempo entre sus brazos sin hablarla una palabra; después se desprendió bruscamente de ella, y salió.

—Al menos, no la veré morir,—pensó, siguiendo el pasillo que conducía á sus habitaciones particulares.